

N.º 18. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 25 de Julio, 1926.

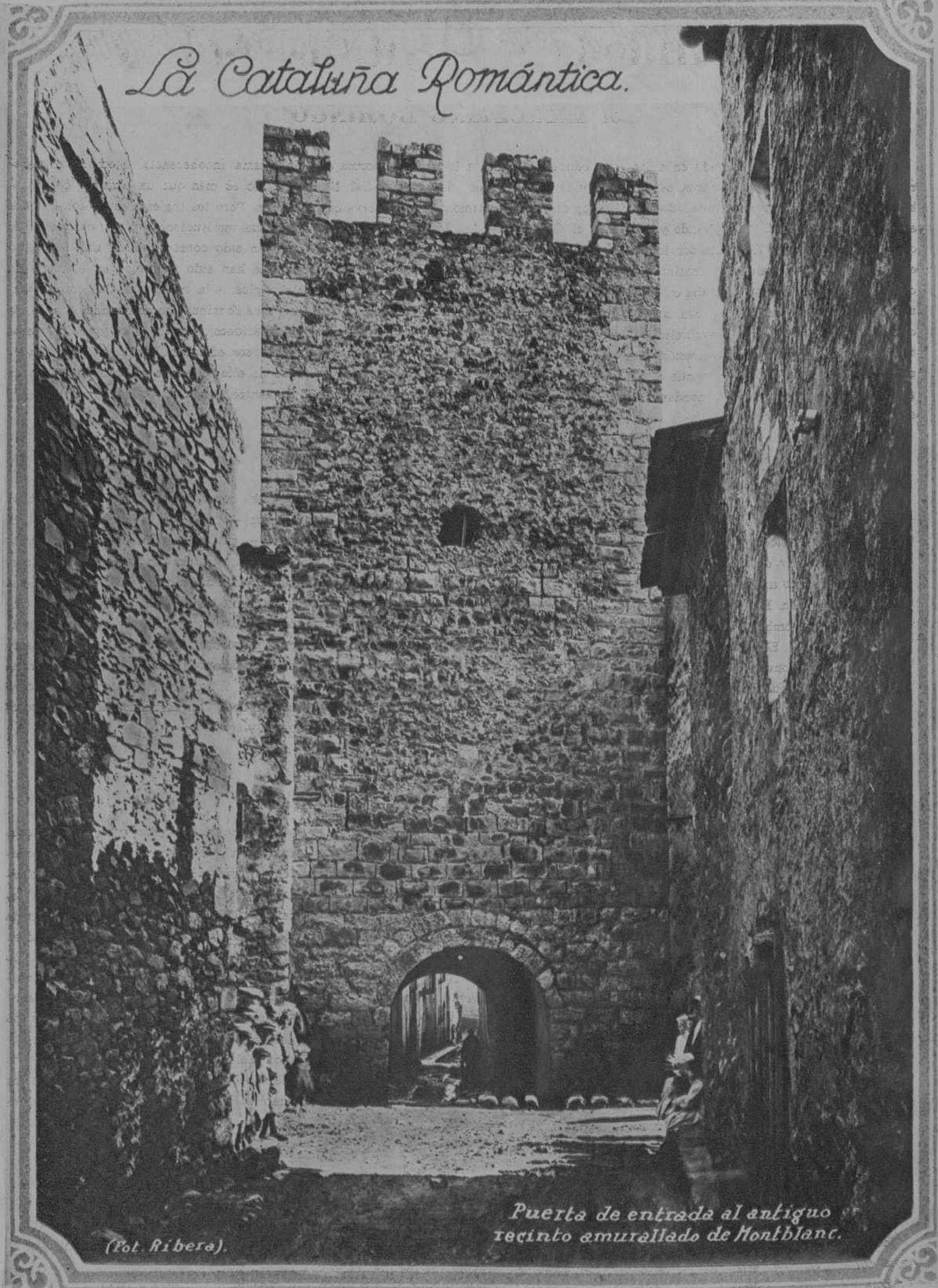
**LOS GRANDES CUADROS  
DE LOS MUSEOS ESPAÑOLES**

*Retrato de Fernando VII, cuadro  
de Goya en el M. del Prado.*



(Est. N. Portugal. Archivo, J. Laurent, cc. Madrid)

*La Cataluña Romántica.*



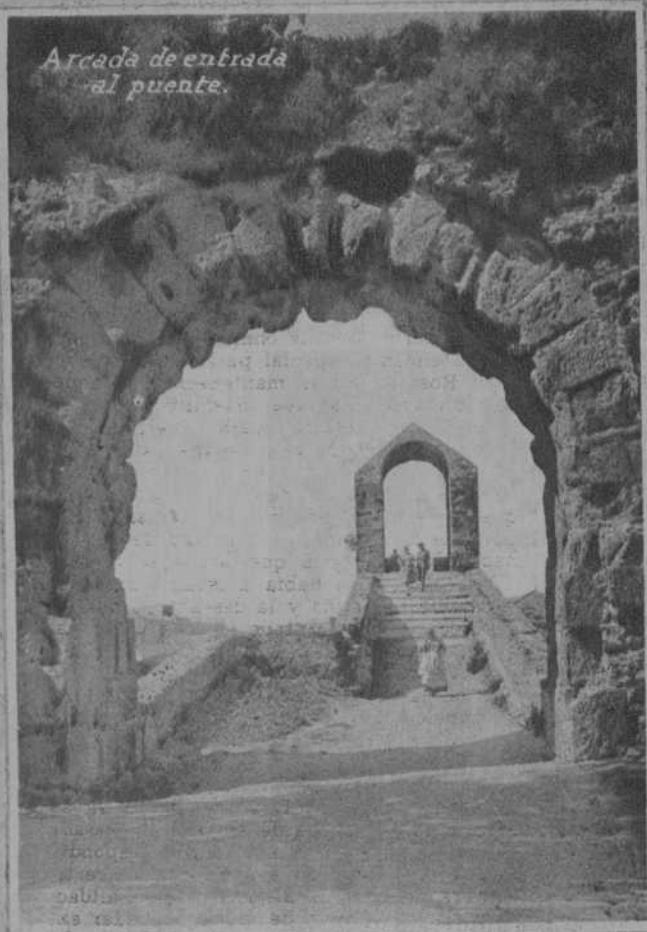
*(Pot. Ribera).*

*Puerta de entrada al antiguo recinto amurallado de Montblanc.*

*El puente romano de Martorell.  
llamado "Pont del Diable."*



*Arcada de entrada  
al puente.*



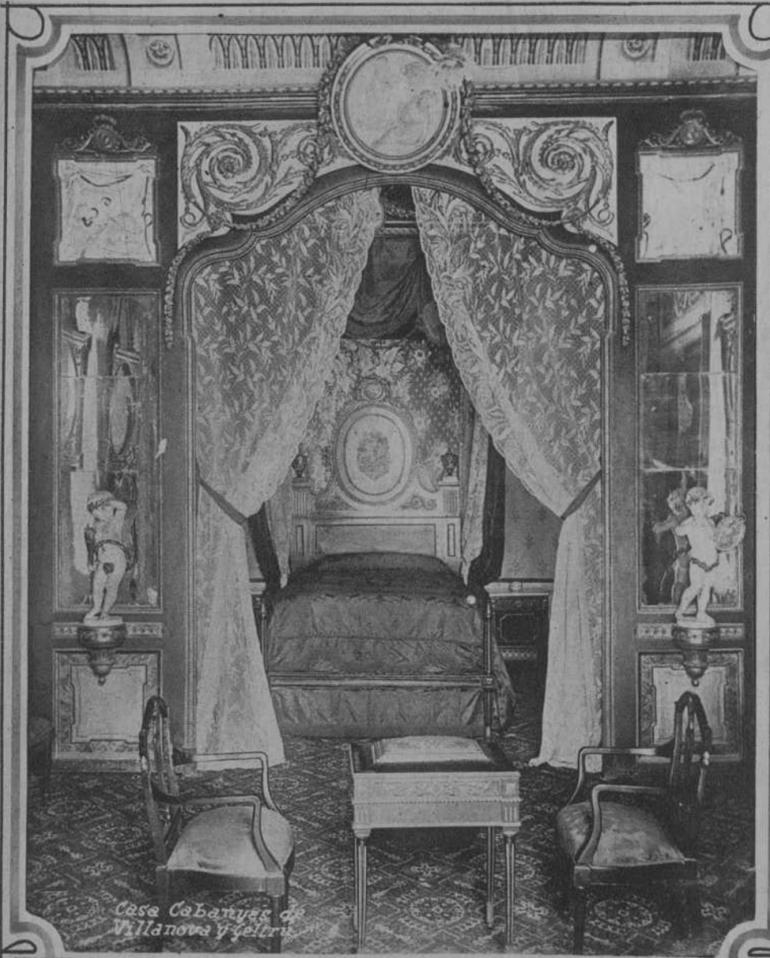
*Construido hacia el año 535 de la fundación de Roma, por Anibal, fué restablecido en 1768 por Carlos III. Cuenta, pues, el puente de Martorell 2143 años.*

*(Fots. J. Junyent).*



*Arco triunfal levantado por Anibal en honor de Amílcar.*

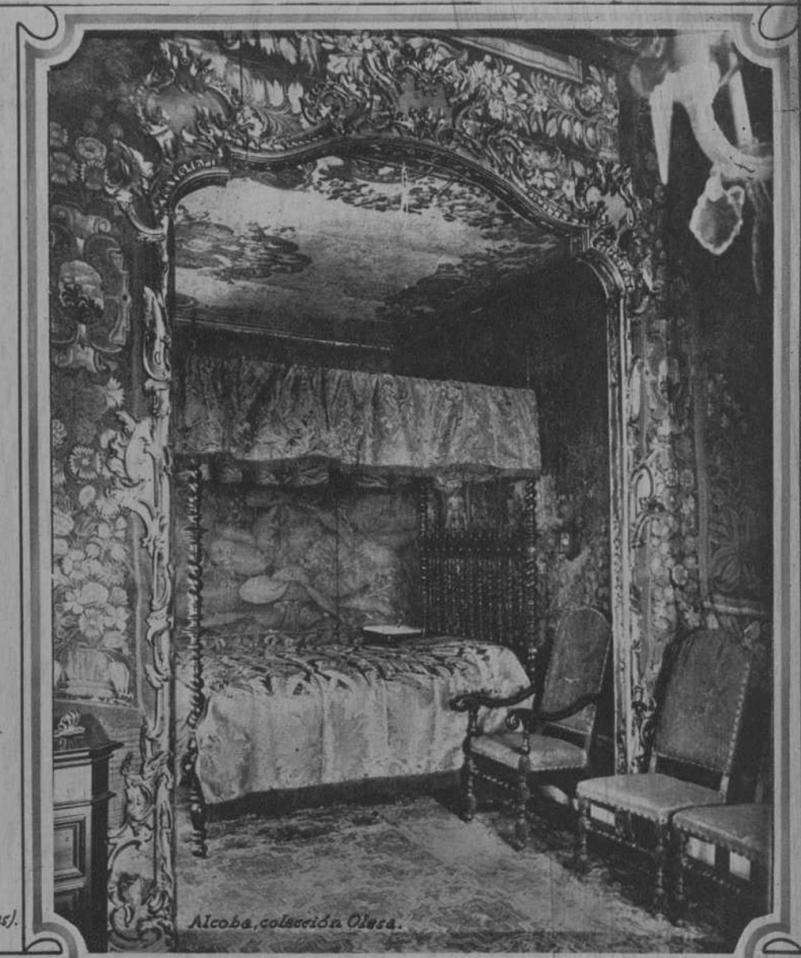
Dormitorios del siglo XVIII en las antiguas casas señoriales de Cataluña



Casa Cabanyes de Villanova y Geltrú.



Casa Dalmau, Tàrragona.



(Biblioteca Nacional)

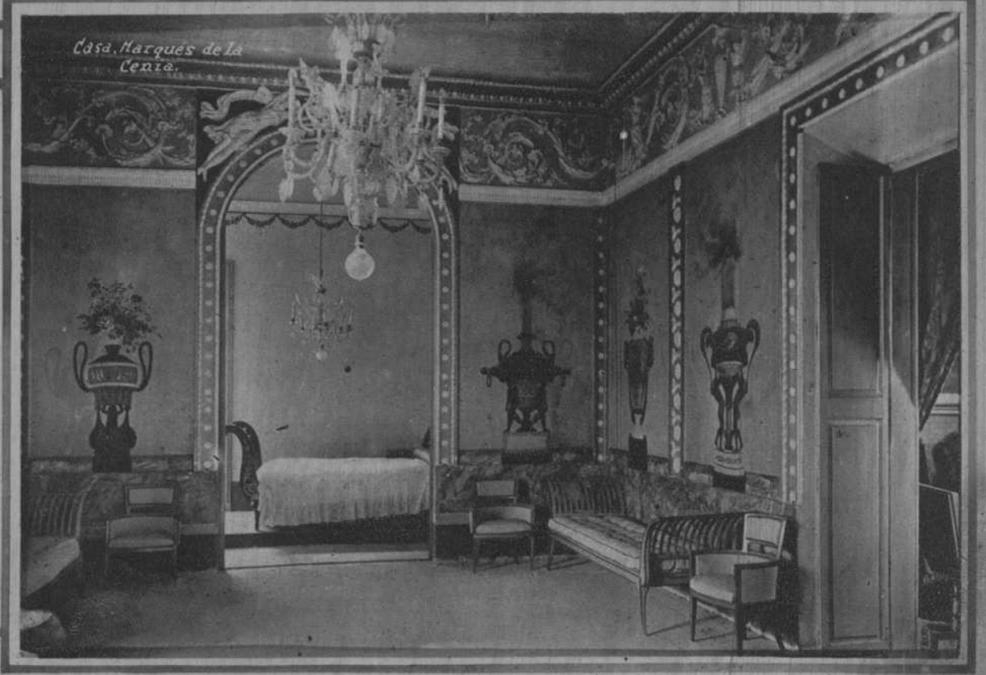
Alcobla, colección Olesa.



Viñas y Feltré en Noya.

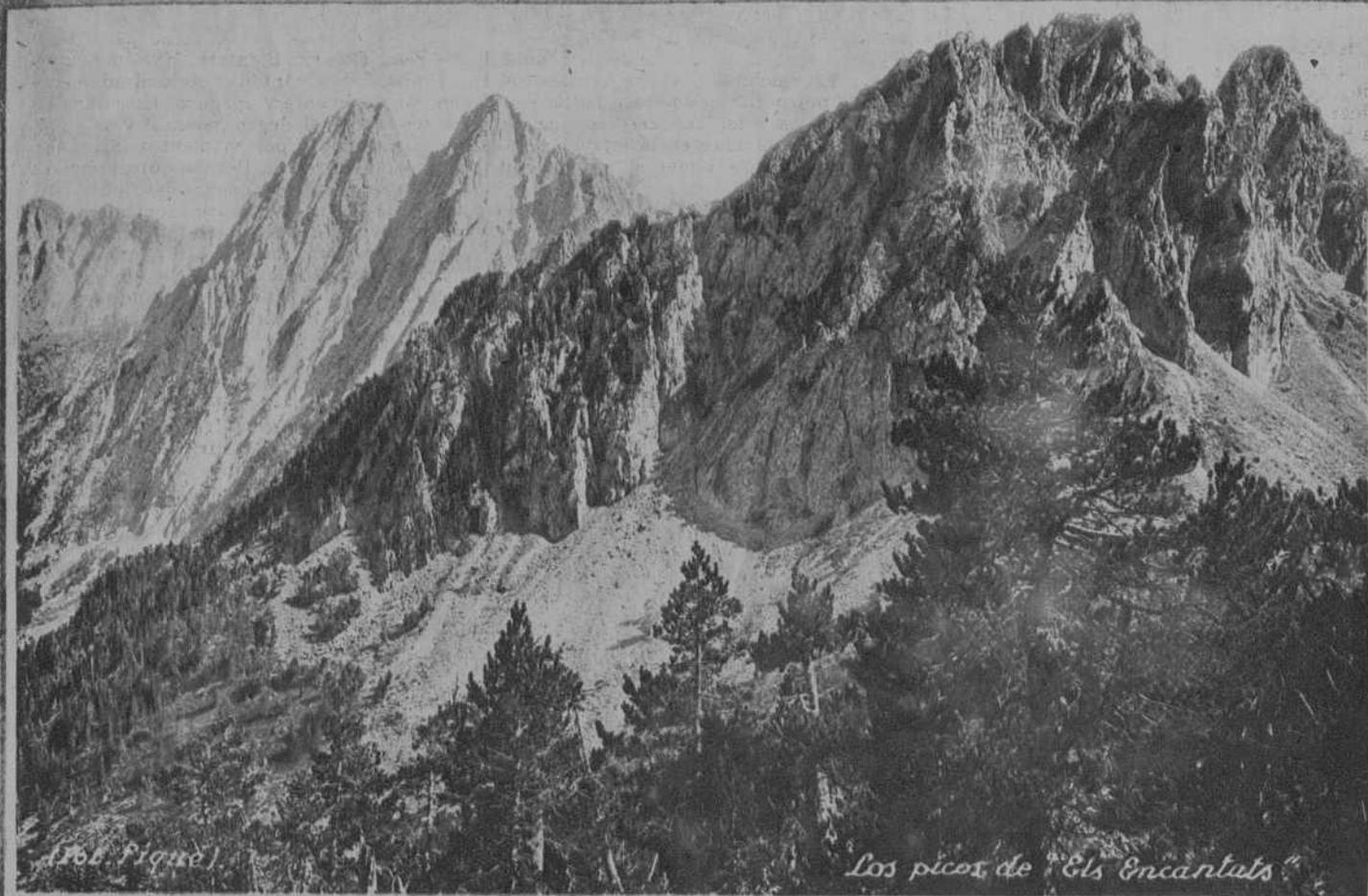


Casa Papiol de Villanova y Geltrú.



Casa Marqués de la Cenita.

# Sierra del Cadí.



*El Pique!*

*Los picos de "Els Encantats"*



*Gasol y al fondo la Pedra Forca*

*Las recientes descubrimientos arqueológicos  
en Ostia, cerca de Roma.*



*La grande escalinata del Panteón.*

*Ruinas del Templo dedicado a Roma  
y al Emperador Augusto, en la prime-  
ra mitad del siglo I.*



*Estátua griega, encontra-  
da cerca del Templo de  
Augusto.*

*(Fots. Vidal).*

## Los retratos ecuestres de Velazquez.



*El Rey Don Felipe III.*



*Conde-Duque de Olivares.*



*El Principe Baltasar Carlos.*

**J**unto a los cuadros mitológicos o cortesanos, y los de los reyes y príncipes con galgos decorativos, están los retratos ecuestres de Velázquez, con caballos ventrudos y pomposos, como caballos de carrusel.

(Foto N. Portugal. Archivo J. Laurent. Madrid).

# UNA HISTORIA SENCILLA

por MANUEL M. GARGALLO

## «ANDRÉS DE LAIÑO»

Andrés de Laiño cerró la ventana. Lentamente descolgó de una argolla enmohecida el farol de acetileno, le prendió fuego y volvió a colocarlo en su sitio, junto al rústico artesonado del techo. La estancia se iluminó plenamente, y mostró sus paredes sucias, su chimenea renegrida, sus cuadros de multicolores cromos representando escenas de caza, la amplia mesa de pino barnizado, algunos trofeos cinegéticos, astas de ciervo, una disecada cabeza de jabalí, otra de gato montés, el reloj de cuco y las seis sillas de rústicos respaldos y asientos de anea.

Andrés de Laiño ha colocado el libro que leía sobre la mesa y se ha despedido largamente, con una distensión de todos los músculos. Es un hombre joven: veinticinco a treinta años, alto, vigoroso, de rostro expresivo y ademanes aristocráticos. Se advierte en él, a primera vista, a la persona educada, correcta en todo momento, de vasta instrucción y claro juicio.

## «LEANDRO RIAÑO»

En un extremo de la habitación, sentado en una silla, los codos sobre las piernas y el tórax echado hacia delante, Leandro Riaño le miraba.

—¿Qué terminaste ya la contemplación del crepúsculo? Mucho has debido de pensar durante tan larga meditación.

—No pensaba. Veía nada más.

Leandro Riaño tendría unos treinta años de edad y era también alto y moreno. Hombre envejecido prematuramente, Riaño hablaba poco, reía rara vez y disculpaba siempre.

—¿Quieres despertar a ese?—dijo.—Tenemos que hablar largamente los tres.

«Ese» era:

## «JOSE LUIS CUENCA»

Andrés de Laiño, dió media vuelta y quedó contemplando al nuevo personaje. Dormía sobre una especie de cama turca recubierta con abundantes pieles de zorro y de lobo.

José Luis Cuenca, era el más joven de los tres, veinticuatro años. Era alto, rubio y delgado; de carácter alegre y decidido, mostraba constantemente con sus actos, sus palabras y la expresión de su rostro, estas condiciones de su espíritu.

A las sacudidas de Laiño, contestó con largos desahucios.

—¿Qué pasa?...

Le miraba con asombro estúpido, de sueño mal disipado.

—Despierta. Leandro quiere hablarnos.

—Tengo un sueño... Si lo dejáramos para luego... Nunca me ha sucedido esto.

—Es que nunca te has aburrido tanto como ahora; eso es todo,—resumió convincente Laiño.

—Sí, tal vez sea eso.

—Pues de eso quiero que hablemos. Tú dirás cuando te encuentres en condiciones de oírme y de emitir tu opinión.

—Ya. Habla todo lo que quieras.

—Aunque ninguno de nosotros lo ha ol-

vidado—comenzó diciendo Riaño—creo que, para entendernos más fácilmente es necesario referir el principio y el motivo de esta excentricidad. Hace un año y cuatro meses, una tarde, en el Círculo, elogiaba yo la vida del campo. A solas con la Naturaleza—recuerdo que dije—el hombre se siente empujado, las pasiones mundanas desaparecen, el alma se significa y el espíritu se extasia ante la belleza de la obra del Creador. Dijérase que se complace la Naturaleza en asombrarnos y atraernos. Ella nos muestra la grandiosidad soberbia de sus peñascos inaccesibles, de sus ingentes montañas, la sencillez de sus prados, la mansa corriente de sus riachuelos... Y todo ello siempre nuevo, siempre maravilloso. El mar el cielo y la tierra tienen, de continuo, el encanto de lo inesperado y de lo invariable.

Recuerdo que hubo uno que me tachó de romántico, de cursi y de literato, creyendo insultos esos conceptos y equiparándolos en su significado. Se entabló una discusión y, resultado de ella, fué una apuesta. Yo no sería capaz de vivir dos años en un lugar apartado por completo de la civilización. Acepté y vosotros os ofrecisteis a compartir conmigo dicha vida. Cruzáronse apuestas y elegimos, por votación, este apeadero de caza del que soy dueño. En él, estamos condenados a vivir durante dos años. Han transcurrido un año y cuatro meses... Y es necesario confesar que, principiando por mí, nos hemos equivocado. No es esta la vida que yo describí ni nuestros espíritus son amoldables a esta existencia. Presajiamos lo que iba a suceder cuando pedimos que nos acompañara Gaspar, mi criado. ¿Os acordáis el trabajo que nos costó el conseguirlo? Se negaban todos y tuvimos que alegar nuestra ineptitud en las faenas domésticas para conseguirlo. En este regateo alentaba la cobardía y el temor. Después, tú, ocultándolo a todos, te tragiste un gato, y tú, Andrés, encontraste un libro viejísimo en una alacena de esta casa y lo lees diariamente con un ansia en la que bien claro se advierte el deseo de alejarte de la realidad y yo, el más equivocado quizás de los tres, fumo y recuerdo... Nos hemos engañado. Muy unidos estamos a nuestras antiguas vidas para desarraigarnos en absoluto de ellas y vivir esta otra que procuramos disfrazar con un gato, un libro viejo y un constante soñar despierto.

Quedan aún ocho meses para finalizar el plazo marcado. Veremos de nuevo cubrirse la tierra por la nieve, sentiremos de nuevo el aullar de los lobos, y el huracán azotará nuestra casa amenazando derrumbarla. ¿Y todo por qué? Por una terquedad nuestra. No quiero que el amor propio nos lleve más allá de donde podamos ir. No os preocupéis de los otros y dad vuestra opinión. ¿Continuamos? ¿Llevamos hasta su final el engaño? Esto es lo que os quería preguntar. Decidme.

—Sí. Todo eso que has puesto como demostración de nuestro error, no tiene importancia alguna y en nada contraviene a lo pactado,—advirtió Laiño.—¡Un gato! Robinsón tenía un loro. ¡Un criado! Robinsón tenía otro. La apuesta la ganaremos honradamente.

Leandro Riaño repuso inclinando la cabeza;

—Bien. Quiero creer que estás en lo cierto y quiero creerlo porque así hay una disculpa para nuestro proceder.

—Estoy conforme con lo que ha dicho Andrés,—dijo José Luis.

Hubo una pausa. Andrés de Laiño paseaba a grandes pasos por la estancia. De repente detúvose y dijo:

—Tendremos como recompensa la apuesta ganada.

Leandro protestó de estas palabras. No, para él lo de menos era ganar la apuesta. Lo importante era confirmar sus palabras con hechos. La parte que le correspondiese del total de la apuesta, tenía ya dedicada a la realización de un ideal filantrópico.

José Luis opinó:

—Yo pienso emplear mi parte en algo menos complicado: en desquitarme de este tiempo perdido.

## «UN GATO»

«Dolly» arqueó el lomo, miró a José Luis y, de un salto rapidísimo, colocóse en las rodillas de éste. Se desahució pausadamente y terminó por echarse roncunando.

—He aquí, según tú, el vínculo que me une con la civilización: «Dolly».

Le acarició pasándole la mano por la negra piel.

—¿Quién le puso nombre femenino siendo gato?

—Yo. «Dolly» se llamaba ella, y era así; tenía los ojos claros, enormes, como los de este gato; ojos de felino, ojos que inquietaban con su mirar enigmático, y cuyo movimiento era como el de este animal, pausado y majestuoso. Si quiero tanto a este bicho desagradecido e inexpresivo, es porque me recuerda a la otra: movimientos femeninos, nombre de mujer...

Los otros no pudieron reprimir una franca carcajada.

—¿Te convences, José Luis, te convences?

Era la voz de Leandro, plena de ironismo.

## LO IMPREVISTO

Andrés de Laiño soltó las riendas del caballo para darle más libertad y dejó que éste subiera monte arriba, en una ascensión difícil que le hacía marchar cansino y sudoroso. Resoplaba angustiosamente el animal y el jinete contenía la respiración asustado. Al advertir próxima la cima del monte, un suspiro brotó de su pecho y, con suaves palmadas, alentó al caballo, que, de un brioso esfuerzo, púsose sobre el terreno firme y llano.

El jinete se alzó sobre los estribos y escrutó el horizonte con mirada ávida.

—Me he perdido. Soy un idiota,—dijo.

Y tras de esta consideración, que en nada modificaba el momento, quedó más tranquilo.

Seguía oteando la llanura, que allá abajo se extendía como una inmensa alfombra color esmeralda con el adorno plateado de los riachuelos y el marco gris difuminado de las montañas. Por aquel lado del monte, la ladera se presentaba con menos declive y el descenso parecía menos peligroso.

Laiño advirtió una vía férrea, casi invisible por la distancia, y una casita, construcción diminuta y sencilla que daba al sol la nota roja de su tejado.

Acarició a la cabalgadura y la hizo empujar el descenso... No tardó mucho en divisarla cercana. Era cuadrada y tenía, sobre su única puerta una parrá frondosa. Tres o cuatro gallinas picoteando alrededor de la casa fueron los únicos seres animados que vio al apearse del caballo.

Una mujer joven, pero avejentada con un rojo pañuelo a la cabeza, se destacó en el dintel de la puerta.

—Me he perdido y desearía que usted me indicara el camino más corto para llegar al apeadero de Riaño.

—Un poco lejos está, pero, marchando por el atajo y a caballo, no hay más que una hora. ¿Quiere descansar un rato?—terminó ella.

Lafño miró al cielo, vio que aún quedaban varias horas para finalizar el día y aceptó.

—Rosario, ¡Rosario!... Saca una silla.

—No se moleste, gracias. Lo que sí quería es un poco de agua.

—Sí, señor. ¡Esta chica!... ¡Rosario!

De allá dentro resonó una voz respondiendo a la llamada y al poco rato se presentó ante Lafño una muchachita de unos quince años, morena, alta y de rostro sano, gordo-zuelo y colorido, pero más bien feo.

—Es mi hija,—presentó la mujer. Trae agua al señorito.

Regresó al poco trayendo un grande y limpio botijo, donde Lafño bebió ávidamente.

Después, y como continuara sentado sin demostrar prisa, la mujer tímida al principio y luego animadamente con un poco de desbordamiento. Habló de su vida, de su familia, de mil cosas que para Lafño tenían ahora un encanto especial. Era viuda; su esposo, empleado en la estación próxima, había sido arrollado por el tren y la Compañía, para recompensar a la viuda de la desgracia, dióle el cargo de guarda-barrera. Cumpléndolo llevaba cinco años, viviendo con su única hija, con Rosario. Su pequeña casa y las cinco gallinas constituían todos sus bienes.

Lafño no pudo menos de envidiar a aquella mujer de alma tan distinta a la suya. Ninguna inquietud espiritual, ningún deseo incumplido.

—Si se espera un poco verá pasar el tren. Por aquí pasa muy despacio, les tan grande la curva que hace la vía!

Mientras la mujer entraba en la casa en busca del banderín de señales, Lafño habló con la hija embriagándose en la sencilla inocencia de ella.

Pasó el tren llenando todo de humo y de ruido. Tembló la tierra por el peso, y el aire se pobló de estruendos por el resoplir de la máquina, el crujir de maderas y el chocar de hierros. La visión fué rápida, pero lo suficiente para que un viajero, asomado a la ventanilla, hiciera un ademán de despedida con la mano. Lafño contestó sonriente, satisfecho, como si se tratara de un conocido. Y siguió con la mirada al convoy hasta que se perdió tras de un alto cercano.

—¿No recuerda usted la muerte de su esposo cada vez que pasa?—interrogó.

—Ya, no. Se acostumbra una. Además, ¡hace tanto tiempo!... Un día, a los pocos de estar en este empleo sí. Pasó el tren y la máquina era la misma, la 550. Ganas me dieron de arrojarme a la vía para morir también. Me lo impidió ésta—señalaba a la hija—que se quedaría sola. Luego la he visto pasar muchas veces y, poco a poco, la he ido perdonando. Ya la quiero como a las otras máquinas.

Después hablaron de la estancia de Lafén aquellos lugares. Andrés oíjo que había venido de caza con dos amigos y que pensaba aún estar algún tiempo.

—Ya volveré por aquí.

—Cuando usted quiera señorito.

Lafño aquella noche contó a sus amigos que se había perdido y que tardó largo tiempo en encontrar el camino. Pero nada dijo de su visita a la casilla de la vía.

## UN PERRO

La vida, para los habitantes del apeadero de caza, continuaba monótona, idéntica. José Luis Cuenca, dormitaba la mayor parte del día, Andrés de Lafño, leía a ratos el grueso libro encontrado en la vieja alacena, paseaba a caballo cuando no, y Leandro Riaño dibujaba, escribía y fumaba constantemente. Un día, hablando con sus amigos, dijo:

—Pienso hacer una comedia.

—Haces bien,—aseguró Lafño.

Desde aquel día Riaño, habló frecuentemente de las escenas hechas que iba leyendo a sus dos amigos para conocer sus opiniones.

Gaspar, el criado, seguía haciendo la misma vida que el primer día. Levantábase temprano, regaba su pequeño huerto, daba de comer y limpiaba el caballo, y con dar a los señoritos un vaso de leche como desayuno y hacer una comida frugal, terminaban sus ocupaciones de mañana, y, por mejor decir, del día, ya que la cena era, en su mayor parte, compuesta con conservas de pescados y frutas, comestibles de que se había hecho buena provisión al salir de la ciudad.

Cuando así lo pedía Lafño ensillaba al caballo y algunas tardes hacía compañía a Cuenca en sus pequeñas excursiones cinegéticas de las que tornaban tristes y rendidos mostrando las piezas cobradas: una paloma torezca, algún pajarraco... José Luis disculpábase; le era necesario para ello un perro, y tras de larga discusión quedó acordado que Gaspar viera el modo de adquirir uno que sirviera para el efecto.

Así se hizo y Gaspar tornó al poco trayendo del pueblo más próximo un can grande y escuálido, todo negro, que atendía al nombre de «Cazador». El nombre era una ironía, una burla. Pronto se convenció de ello José Luis.

—Nada, no puedo hacer carrera de él. ¡Animal más estúpido!... Deja marchar las piezas teniéndolas en sus narices.

Por lo demás, el bicho era simpático. Movía constantemente el rabo, como prueba de afecto, y tenía en la mirada una dulce expresión de agradecimiento cuando era acariciado por Andrés o por Riaño. Al que no le demostraba tanto afecto era a José Luis. Tal vez, allá en su amor propio, estaban punzantes los insultos y patadas que éste, por su poca destreza, le propinaba a menudo.

«Dolly» y «Cazador» se hicieron pronto buenos amigos. No era raro el verlos dormir juntos, echada la cabeza del gato sobre el lomo del perro.

\*\*\*

Mientras tanto, Andrés de Lafño, había visitado dos veces más la casilla de la vía. Dos veces y a la hora en que el tren pasaba. Complaciale este sencillo espectáculo que le traía un aliento de civilización. Aquel cruzar rápido de una multitud desconocida, que le recordaba las que pueblan las grandes ciudades, inundábale de una melancolía infinita. Lafño, de haber estado solo, habría renunciado a ganar la apuesta, pero Leandro y José Luis, le encadenaban, le retenían...

—Parece que el tren le pone triste, como a mi madre antes.

—Sí, es que a mí me pasa lo mismo: me hace recordar. ¿Tú no has salido nunca de aquí?

—No, nunca mi madre me ha contado cómo son las ciudades. Dice que son muy grandes, muy grandes, con casas muy altas, y unas calles muy anchas... Yo no sabría andar por ellas; me perdería. ¿Para qué voy a ir? Mi madre me prometió llevarme un día, pero no sé cuándo, y como me dá lo mismo, no he vuelto a preguntarla.

Lafño, al marchar un día, volvió la cabeza y pudo ver cómo la muchacha, subida en un alto, le miraba. La hizo un ademán de despedida alzando la mano.

—Adiós.

Y el sire trajo, diluidas, atenuadas, por la distancia las palabras:

—Adiós, señorito... .

## LA COMEDIA DE RIAÑO

Alrededor de la mesa, sobre la cual habían colocado el farol de acetileno para hacer más próxima la luz, cabeceaba somnoliento José Luis Cuenca, escuchaba atentamente Andrés de Lafño y la leía con voz un poco monótona, Leandro Riaño:

—«Escena tercera. Dichos y Pablo»...

José Luis, de vez en cuando, reaccionaba contra el sueño, miraba al lector y decía con hablar opaco:

—Muy bien, me gusta.

—Como habréis visto,—advirtió Leandro al acabar—no van hechos más que los dos primeros actos. El último se me resiste. No doy, por más esfuerzos que hago, con una solución para la trama...

Lafño no llegó nunca a dar su opinión sincera sobre la obra: le parecía ficticia. El argumento lo calificó interiormente de necio dos hombres enamorados de una misma mujer sin ser ninguno el preferido. En esta situación de incertidumbre transcurren los dos primeros actos.

\*\*\*

A los fuertes calores del verano, había sucedido de improviso, un frío intenso, glacial, que desnudó rápidamente de sus galas a la naturaleza y que fué como el heraldado de un gélido invierno.

Se hicieron menos frecuentes las excursiones cinegéticas de José Luis para bien y contentó de «Cazador» que, dedicábase a dormir todo el día al calor de la lumbre de la chimenea (en unión de «Dolly», el compañero inseparable).

Andrés de Lafño, a pesar de la inclemencia del tiempo, era raro el día que no marchaba a dar un largo paseo a caballo. Seguía visitando la casilla de la vía. No le llevaba ya el espectáculo del tren sino el deseo de vivir unas horas en aquel otro ambiente, tan contrario al del apeadero: todo tedio, malestar.

Cuando le veían llegar, se esforzaban en entretenerle con sus charlas insulsas, pero de un encanto especial para Andrés. Sobre todo Rosario era la mantenedora de aquellos diálogos. Hablaba incesantemente, escuchábala complacido Lafño y era necesaria la intervención de la madre para hacerla callar.

—«Esta chica!... Pero no comprendes que molestas al señorito con tanta charla? Como está siempre sola conmigo, demuestra hablando la alegría que siente al verle.

Era cierto. Se había acostumbrado a la compañía de Lafño y la deseaba. Todos los atardeceres, ya montado Andrés en el caballo, preguntábale:

—¿Vendrá mañana, señorito?

Y en la pregunta, latía la inquietud de un anhelo.

\*\*\*

Leandro Riaño, volvía a trabajar en su obra. Esto le alejaba de sus amigos. Pasaba el día escribiendo y meditando. Respondía a toda pregunta con evasivas, con incertidumbre de persona alejada de la realidad, y no era raro verle, de repente, quedar extático, los ojos quietos, fijos en el techo o en el suelo.

Una noche, no pudo menos de decirle José Luis extrañado ante el mutismo del escritor:

—Me parece muy bien que escribas, pero no me parece ni medio bien tu extraña conducta para con nosotros. Si a nuestra vida de encierro y aburrimiento, añades esa misantropía absurda, nos vamos a morir de asco. En vez de ser tres hombres los que aquí estamos, somos dos y una estatua. Te debes también a nosotros, ¿comprendes? O tú te comportas como lo que eres: como una persona normal, o en el primer tren me «largas» para la Corte. He dicho.

## EL DIARIO DE LAÍÑO

Comienzo un Diario, un Diario más. El entretenimiento que espero encontrar al escribirle, sirvame de disculpa...

(Así comenzaba el Diario de Andrés de Laíño).

—15 de Noviembre.—

Hoy ha nevado copiosamente. No me he atrevido a visitar a Rosario y su madre por temor a los caminos, intransitables, y a que a Riaño y Cuenca llegaran a sospechar...

He pasado el día junto al fuego de la chimenea, recibiendo las caricias de «Cazador» y alguno que otro arañazo de «Dolly».

Leandro parece que ha desistido de concluir la obra. Ha vuelto a su antigua vida de cordialidad. Eso saldrá ganando la literatura nacional... y nosotros. Ahora, solamente dibuja...

—16 de Noviembre.—

Continúa el mal tiempo, y por tanto continúa mi encierro.

¿Se acordará de mí, Rosario? ¡Pobre niña! He llegado a sentir por ella un gran afecto, una profunda simpatía; no, amor, no. El amor es algo muy diferente a este afecto de amistad, de compañerismo que ella ha sabido conquistar con la expresión alegre de su rostro, con la franqueza de su risa y con la deliciosa algarabía de su charla. Amor, no. Más vale así.

—17 de Noviembre.—

Hoy, aprovechando que la mañana ha sido espléndida, he deslizado, sin dar importancia al hecho, la posibilidad de dar esta tarde un paseo a caballo.

Mi propósito ha sido acogido con la naturalidad que esperaba.

He encontrado sola a Rosario. Su madre salió a recoger leña al cercano monte y no estuvo de regreso hasta momentos antes de prepararme yo para partir.

Tres días sin verle, me ha dicho Rosario como saludo, y ha añadido trunciendo el entrecejo:—Estoy muy disgustada porque ya no nos quiere. Antes ven a todas las tardes y ahora...

Al despedirme, y como contestación a sus preguntas, la he prometido volver mañana.

18 de Noviembre.—

He faltado a mi promesa. No he ido a la casilla de la vía. ¡Este maldito tiempo!... Nadie podía esperar un cambio tan brusco en la naturaleza. El paisaje yace danado, árido y triste. Muy de tarde en tarde, el oscuro celaje de nubes se desgarrar y muéstrase un sol macilento, tibio, que parece próximo a extinguirse, un sol de invierno que apenas se posa sobre el glacial suelo y que da una luz melancólica...

19 de Noviembre.—

Hoy tampoco he podido salir de casa. Pienso en Rosario y una vaga inquietud continúa en mi espíritu. En el día de hoy, como mi presencia la vida de esta casa se ha sospechado sus despedidas:—Adiós, señorito. ¿Volverá mañana? La conciencia de un espacio de la soledad. ¿Qué será de ella cuando yo marche de aquí terminado el plazo de la apuesta?—Se encontrará más sola y odiará su vida tranquila, que antes le pareció encantadora? Me entristece pensar que así suceda.

20 de Noviembre.—

—Ha ido por agua,—respondió la madre a mi pregunta. Si quiere ir a buscarla...

Me ha indicado el camino y yo le he emprendido contento. La he encontrado arrodillada, recogiendo con un cacharro el agua de un pequeño manantial y depositándola en un cántaro colocado a su diestra. Lentamente, silenciosamente, procurando no ser visto, me he ido aproximando a ella. Ya cercano, la he llamado en voz alta y he reído con el gesto de alegre asombro que se ha pintado en su semblante.

—¿Qué tonta! ¿Pues no me he acordado? Como ya no viene casi... Antes, sí, antes le esperaba todos los días.

Ahora me digo: «Hoy no viene el señorito Andrés» Y así, si usted viene, me llevo una alegría y sino... pues como ya estoy hecha a la idea... Mi madre me regaña; dice que

soy una tonta, que usted tiene otras cosas de que preocuparse más importantes que el venir a vernos, ¿es verdad?.

—No lo es, Rosario, si lo tuviera sería igual.

Poco a poco, casi sin darme cuenta, me he ido acercando a ella, y ahora nos encontramos sentados los dos sobre la hierba, húmeda y olorosa por la caricia de la fuente próxima. El riachuelo corre a nuestros pies con un murmullo que parece hallar eco en los chirridos de las carretas que se arrastran perezosamente en la lejanía, donde aún el sol quiere poner su resplandor rojizo.

Siento entonces el afán de decirle algo, de descubrir un amor que empieza con gran timidez de nacer en mí y que me sonroja. Hace ademán de coger el cántaro que reposa en el suelo y aprovecho el instante para coger una de sus manos que intentó llevarme hacia los labios... Pero no lo consigo, de un estirón se desprende de mí y huye monte arriba, sin que yo, avergonzado, intente detenerla. Y el cántaro queda junto al pequeño manantial, sobre unas matas de trébol oloroso.

21 de Noviembre.—

No volveré más a la casilla de la vía, mi canallesca conducta con esa pobre niña, mi actitud a la que no he logrado encontrar una disculpa, me aleja de las dos mujeres. ¿Estoy enamorado de Rosario? No sé, y sin embargo, ¿qué horizontes de pecado hebré descubierto a su alma? Ella, lo advertí en su rostro asustado, en su expresión miedosa, comprendió, no es difícil comprender aún en un alma tan inocente como la suya, que aquello era ajeno a nuestra amistad. ¿Por qué sino su rápida huida? ¿Por qué aquel gesto de terror que se pintó en su cara?

22 de Noviembre.—

Lasamos el día junto a la chimenea oyendo el crepitar de los leños, viendo saltar candentes chispas y remotarse pavesas para caer apagadas tras de un corto vuelo. Estamos los tres juntos, muy próximos, pero, ¡qué separados sin embargo! A mí, me nistan los recuerdos, a ellos, el tedio. Hablamos poco y añoramos mucho.

23 de Noviembre.—

Hoy se ha despejado el cielo, y el sol ha lucido durante algunas horas. ¡Qué hermoso para realizar una de mis antiguas excursiones! ¿Me habrá perdonado ella? ¿Habrá encontrado su candor una explicación para mi conducta?

(El Diario se interrumpe aquí).

## UNA VISITA

Andrés de Laíño había interrumpido su Diario. Un mes más tarde escribía en él la disculpa de su interrupción:

«Días iguales en su monotonía. Durante ellos, mi vida se ha deslizado con tranquilo tedio. No he vuelto a la casilla de la vía.

José Luis, convencido de que «Cazador» es un chico fácil e inteligente, aunque desconozca en absoluto el arte de la caza, le está enseñando, con paciencia digna de mejor causa, a ponerse en dos pies y a saltar por encima de un bastón colocado a un metro de altura. Por las noches nos muestra gozoso los adelantos ecuestres del can. ¡Fébrico hecho! José Luis será siempre su verdugo.

Una tarde, Caspar irrumpió en la habitación en que se encontraban los tres amigos:—Pregúntan por el señorito Andrés.

—¿Por mí?

Pero una idea cruzó por su cerebro y respondió rápido:—Voy. Con vuestro permiso.

—¿Qué pasa quien es?—protestó Leandro— a no ser que tengas algún inconveniente por nuestra presencia...

—No, ninguno. Dí a quien sea que pase, Caspar.

Se le advertía irguiendo temeroso. En el marco de la puerta destacaba la fi-

gura de Rosario, la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo. Saludó con voz medrosa, casi imperceptible.

Hubo unos instantes de silencio durante los cuales, Riaño y José Luis dedicáronse a escrutar, con mirada de asombro, a la muchacha. ¿Quién era? ¿A qué venía? Tuvo Andrés que hacer un esfuerzo para decir:

—Pasa, Rosario. Siéntate. ¿Qué te ocurre?

Y ella habló rápida, atolondradamente, con voz suplicante y apagada. Estrujaba entre sus manos el negro delantal y su rostro iba coloreándose por momentos. Su madre había caído enferma, llevaba quince días sin levantarse del lecho, con una fiebre altísima que la hacía delirar continuamente. Habíala visto el médico de la Compañía...

—Sigue,—hubo de animarla Andrés.

En el tren le traían la leche, del cercano pueblo. Era el único alimento que podía tomar. Pero los pocos ahorros de la viuda se habían acabado y se negaban a suministrarle el alimento y las medicinas.

Los sollozos cortaron sus palabras y las lágrimas bañaron sus mejillas. Después, sofocando los suspiros entrecortados y enjugando sus ojos, pudo decir:

—Me acordé de usted y se lo dije a mamá. Ella no me quería dejar venir, pero yo no la he hecho caso. Está muy mala. ¡Si usted la viera, señorito!...

—Bueno, no lores. Todo tiene remedio. Has hecho bien en venir.

—La vaca—advirtió Leandro—dá excesiva leche. Nosotros, no necesitamos tanta. Fuedes llevarte la que quieras y venir todos los días mientras la necesites.

—Dios se lo pague, señorito.

—Y para las medicinas, toma.

La ofreció unas monedas de plata que ella cogió trémula y avergonzada.

—Iré a veros—prometió Laíño, cuando ella, deshaciéndose en frases de agradecimiento se despidió.

—¡Pobre muchacha!—comentó Riaño.

—Y es guapa,—añadió Luis.

Aquel elogio se adentró en Laíño, cuya cara pareció ensombrecerse.

Andrés de Laíño, como explicación a lo sucedido, narró a sus amigos, cómo habiéndose perdido una tarde entró en la casilla de la vía.

—Después he vuelto tres o cuatro veces—mintió descaradamente—. Es un paseo muy agradable, y las dos mujeres son muy cariñosas.

—Sobre todo la hija, ¿verdad?. Es guapa—dijo José Luis.

—Te prohíbo, que te expreses en esos términos que encierran una mal disimulada ironía—contestó Laíño, tal vez demasiado acaloradamente.

—¡Me lo prohibes! Era necesario saber en que derecho bases esa prohibición.

—¡En la fuerza, si es necesario!

Desde aquel día no se volvió a hablar más de la amistad de Laíño con las dos mujeres.

Rosario, todas las mañanas, al rayar el sol, llegaba al apadero, recogía el pequeño cántaro de leche recién ordeñada que le entregaba Gaspar, y tras de dejar un saludo para los señoritos, marchaba contenta.

—¿Vino hoy?—preguntaba Laíño todas las mañanas.

—Sí.

—¿Cómo está su madre?

Y un atardecer, cuando regresó de dar un pequeño paseo, Gaspar le salió al encuentro, el rostro cabizbajo y la mirada compungida.

Rosario había ido a preguntar por él hacía unas horas. Llegó llorando y angustiada... Sin duda su madre se moría...

Andrés de Laíño, dió media vuelta a la cabalgadura.

Entró de puntillas, silenciosamente, en la alcoba de la enferma. Era una habitación

pequeña, cuadrada, las paredes blanquísimas, adornadas tan sólo por unos cromos de asuntos religiosos. Un rayo de sol penetraba por la ventana única, que se debilitaba poco a poco, y que parecía esperar para marcharse juntamente con el alma de la que agonizaba.

Andrés de Laño, llegó hasta la cabecera de la cama y su impresión no pudo ser más trágica. Tenía ya la enferma sobre el rostro la sombra de ausencia, de incierta lejanía de los que pronto dejarán este mundo.

Rosario se levantó al entrar Andrés para ir a caer arrodillada junto al lecho...

A la mañana siguiente Andrés de Laño, procurando no ser visto por sus amigos, levantóse más temprano que de costumbre y se dirigió al establo de la casa.

Ya estaba allí Rosario acariciando a «Cazador» mientras Gaspar ordeñaba a la vaca. Fué necesario que hablara para que ella advirtiese su presencia.

—Buenos días.

Antes de que la preguntara, ella dió la noticia: su madre estaba un poco mejor, la noche no la pasó mal del todo y el médico, aún reconociendo la gravedad, mostrábase menos pesimista.

Y se alejó, airosa y casi alegre, desafiando al frío con rápido paso. Dentro de su pecho la voccecilla familiar quería cantar un himno de esperanza...

—¿Le distes el dinero?—preguntó Laño a Gaspar.

—Sí. Pero no pareció muy convencida, cuando la dije, siguiendo las indicaciones de usted, que era el señorito Leandro el que me lo había entregado. Me dijo: ¿No es el señorito Andrés? No la repuse y ella, mirándome, añadió: Bueno, le dá usted las gracias al que haya sido.

—¿Oye, no te han preguntado por ella Leandro y José Luis?

—El señorito José Luis, no; el señorito Leandro varias veces, interesándose por la enferma.

Aquel día fué el primero en que, desde la disputa habida entre José Luis y Laño, se hablaron ambos.

#### LA INTERROGACION

Con la primavera, las horas transcurrieron más alegres para los habitantes del apeadero. La naturaleza se mostraba pródiga en sus encantos de flores y de ramajes y eran los días claros, luminosos, de atardeceres mágicos. Resurgen las ilusiones y

las esperanzas en las almas de los humanos, y es este florecer como el del campo inmenso...

\* \*

—Quiero que hablemos, Andrés.

Le había cogido del brazo y le llevó hasta la pequeña plazoleta que la casa tenía a la entrada.

La noche mostraba sus millares de estrellas engarzadas en el límpido gris del cielo, rodeando al enorme brillante de la luna magnífica ante la que parecían ofrendar las ranas sus croar monótono.

Se sentaron bajo la frondosa parra, sobre las piedras que tenían una inquietante blancura de mausoleo. Leandro prendió fuego a un cigarro y su lumbre fué en el campo como un gusano de luz.

—Tú dirás. Te escucho.

—Antes, necesito tu perdón.

—¿Mi perdón? Bueno, lo tienes. ¿De qué se trata?

—Ayer,—principió Leandro Riaño—sin yo proponérmelo, ya que desconocía su existencia, cayó en mis manos un pequeño cuaderno de notas del que has hecho tu Diario.

Andrés intentó disimular su turbación.

—Comprendo lo que vas a decirme y te ruego que seas breve. Estoy dispuesto a darte todo género de explicaciones por mi tontería de emitir juicios sobre ti y tus obras.

—Tus juicios eran sinceros y eso basta para que no puedan ofenderme. He leído tus impresiones acerca de esa muchacha, de Rosario...

—¡Bah! Ridiculeces de un hombre que se aburre.

—Hazte cuenta de que nadie te juzga; ni yo lo intento, ni tengo facultad para ello. Sé sincero: ¿Tú has amado a esa mujer?

—No.

—Pronto lo has dicho.

Hubo una pequeña pausa que Laño no se atrevió a interrumpir dado el acento autoritario que había empleado en sus palabras Leandro.

—Decía—continuó—que leí esas líneas. De ellas saqué el convencimiento de que nunca la has amado. Has sido víctima del ambiente, de la ocasión, de mil cosas externas a ti. ¿Cuántas veces hemos creído amar a una persona o a un recuerdo y aquel sentimiento era sólo una ficción hija de las circunstancias y alentada por nuestro cerebro! Pero, ¿y ella? ¿Te ha amado a ti?

Laño quedó silencioso, pensativo unos

instantes; después hizo un leve gesto y penetró en la casa.

#### EL RETORNO

Gaspar llevó al pueblecito más cercano una carta para confiarla al correo. Decía así: «Hemos cumplido, queridos amigos, nuestra apuesta. Dentro de tres días—final del plazo marcado—os abrazarán Riaño, Laño y Cuenca».

Al regreso del criado comenzaron los preparativos para la marcha. Uno de los más importantes fué el de construir un jaulón para «Dolly».

Andrés de Laño fué a despedirse de las dos mujeres de la vía; una entrevista dolorosa y violenta. Cortó las frases de agradecimiento de ellas, tratando hacer la despedida más breve y evitar la mirada de Rosario, cuyos ojos, en los que temblaba una lágrima, advertía fijos en él.

Era ya noche oscura cuando emprendió el regreso al apeadero. Al monótono canto de las chicharras y de los grillos, se unió la voz de Laño que entonaba una canción... triste.

Y en medio del silencio nocturno era como un sollozo.

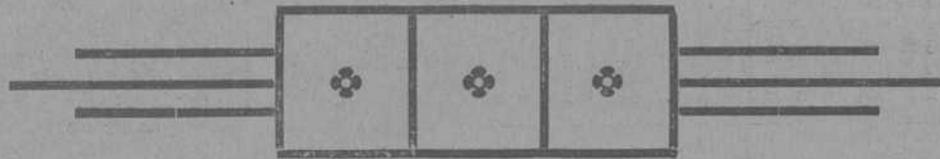
\* \*

Un tren cruza ante la casilla de la vía, ante la casa que dá al sol la nota roja y alegre de su tejado. En él, los tres amigos, ven desfilar los sitios en que vivieron dos años y la proximidad de los recuerdos les hace retroceder imaginativamente a pasados días. Allí queda la encina a cuyos pies descansa «Cazador», ha pensado José Luis Cuenca. Allí queda la casa en donde he

llegado a comprender la belleza de la vida tranquila, ha pensado Riaño. Laño siente que su pecho se dilata en un suspiro involuntario, angustioso, cuando ante sus ojos surge como una visión dorada la casita de la vía, donde una mano que asoma por un ventanuco y que, poco a poco, va difuminándose por la distancia, agita en el aire un pañuelo blanco, que es como el tremolar de una paloma herida...

Todo queda atrás rápidamente. Los recuerdos van siendo más ténues, más imprecisos al compás que la distancia los separa del lugar en que nacieron.

Y la máquina, como un heraldo rojo, que dá al aire la nota recia y cálida del silbar agudo que ilumina los aires como un cohete mágico...



# EL TIO DE LA PIPA O AMARILLO Y VERDE

(Rigurosamente cierto)

por RAFAEL MORAGAS

La acreditada serenidad sirve de mucho en este mundo. De no haberla poseído a toneladas, nuestro admirado compañero universitario Perico Valdivieso sin duda alguna que hubiera podido coleccionar importantísima cantidad de bofetadas. Porque, eso sí, el amigo Valdivieso, con sus salidas de tono, así como con sus ocurrencias, se hacía acreedor a una copiosa lluvia de mamporros.

Con todo, llevar sus cosas,—llamémoslas sus cosas, pues de algún modo habrá que llamarlas,—a lo incomprensible si bien es verdad, que las más de las veces su cráneo quedaba convertido en un concurso de chichones, pues no todos se prestaban a sus bromas, en otras ocasiones, el inclito Valdivieso, salía contento, feliz y satisfecho del conflicto indochino en el que por su gusto, se había metido.

\*\*

Perico Valdivieso, era natural de Nicaragua. Tenía tanta facilidad para aprenderlo todo, que damos fe, de que en quince días, se empollaba el Derecho Romano o el Canónico o el Penal y salía airoso de los exámenes. Su listeza sorprendía tanto como los cuellos de sus camisas, que batían el record de altura.

Valdivieso veraneaba en una playa norteña. En asomando la canícula, escribía una oda a la estación estival y sudorosa, llenaba dos magníficas maletas de toda suerte de prendas de vestir, nos largaba un abrazo en la estación del Norte y el estudiante, se nos iba a Fuenterrabía o Hernani.

A Valdivieso le molestaba extraordinariamente viajar en compañía de gente desagradable. En cambio se deshacía en mieles, cuando los compañeros de viaje, eran de su agrado.

Y vamos a demostrarlo.

\*\*

El caso fué, que en uno de sus incursiones por el Norte, Valdivieso se nos metió en un departamento de primera,

reservado a «No fumadores». Iban en él, una señora de agradable presencia y un individuo de pésimos modales.

Apenas llevaba media hora de viaje, cuando el tal individuo, sacó una apesosa pipa, la atascó de escafarlata y con una mecha encendida, prendió fuego a las hebras.

La señora, que iba en el departamento del tren, comenzó a toser. El fumador, como si la tos fuese en Himalaya, impertérrito siguió fumando. Al cuarto de hora de ir fumando el consabido individuo, la señora, no pudo aguantar más y buenamente le dijo:

—Permítame, señor, pero a buen seguro, usted olvidó, que este es un departamento, que la compañía reserva a las personas no fumadoras.

—Señora,—dijo el otro,—las ventanillas están abiertas y por tanto, no hay que molestarse, ni molestar.

—La señora, tiene razón,—arguyó Valdivieso.

—Usted se calla,—soltó el de la pipa.

—Eso será si quiero.

—Si no se calla, peor para usted, que tendrá que hablar solo.

—Para hablar con un mal educado como usted, la verdad, prefiero callar.

—Y yo fumar.

—Eso será,—dijo Valdivieso,—si le dejamos la señora y yo. Y basta, leal. Aquí no sigue usted fumando.

Las voces subieron de tono. Algunos viajeros del departamento de al lado, sacaron la cabeza. La discusión entre la señora, el fumador y Valdivieso, continuaba. Finalmente, el tren llegó a un pueblo.

\*\*

Se requirió el auxilio de un jefe de estación y se le expuso el conflicto. Desde luego que el empleado se puso de parte de la señora viajera y de Valdivieso.

—Bueno, no fumaré más,—dijo el otro amoscado y metiéndose la pipa en el bolsillo.

—Usted fumará o no, eso nos tiene sin cuidado,—manifestó Valdivieso,—pero si, lo

que usted hará va a ser trasladarse de coche.

—¿Cómo?

—O de vagón, si lo quiere usted más claro.

—Y ¿por qué razón?

—Muy sencillo. Porque está usted viajando en departamento de primera, cuando su billete es de segunda.

—¿Qué está usted diciendo?

—La verdad y nada más que la verdad,—dijo Valdivieso.—Y ahora voy a ser yo quien requiera al revisor para que examine, el billete que usted lleva.

Efectivamente, el revisor exigió al individuo de la pipa, el billete. Tal como había anunciado Perico Valdivieso, el billete era de segunda clase.

El de la pipa, fué invitado a abandonar el vagón de primera y a trasladarse a uno de segunda. Poco después el convoy, se puso de nuevo en marcha.

\*\*

Solos en el departamento, la señora y Perico Valdivieso, comentaban lo ocurrido.

—Bueno, todo ya pasó,—dijo la señora.—Pero la verdad, fué, que lo que me dejó boquiabierto ha sido, el que usted supiera, que ese tipo de la pipa, viajaba en primera con billete de segunda. ¿Cómo pudo usted adivinarlo?

—Le diré, señora,—comenzó por decir, Valdivieso. Al de la pipa, le salía por el bolsillo del chaleco un billete, cuyo cartón era de color amarillo. Fjese usted, en el suyo, que pertenece a primera clase y verá usted, que es de color verde. ¿No es así? Pues bien, verde, el color de primera clase y amarillo, el de segunda, como era el de ese tío de la pipa. Tan amarillo como el color de mi billete.

Y alegremente, mostró Valdivieso a la compañera de viaje, su billete amarillo, que pertenecía a la segunda clase. Como la revisión de billetes,—Valdivieso era práctico,—no se hacía hasta muy entrada la mañana, el gran Perico, continuó viajando, en primera.

# EL BELLO PAIS DE ANDORRA

por ANTONIO RUE DALMAU

Lindante con nuestras fronteras, enclavado en nuestro Pirineo, entre el condado de Foix y la risueña Cerdeña, el principado de Andorra, se nos aparece como un lejano país de leyenda. El viajero que desde la Seo de Urgel, penetra por primera vez en el minúsculo Estado, cuya población no excede de seis mil almas y cuya extensión puede recorrerse de Norte a Sur, en diez horas, antójase transportado a tierra fabulosa en la que lo agreste de la Naturaleza contrasta rudamente con lo azul del cielo y con la alegría de sus risueños poblados.

Es Andorra una arcadia moderna universalmente ignorada, para bien de sus moradores.

Es su característica el eterno murmullo de las aguas. Acompañan al mugir del Balira, los rumores de mil fuentes. El agua, pura, fuerte, cristalina, brota por doquier, y tan pronto se desliza mansamente por los valles, como se precipita por las más altas peñas. La vegetación pirenaica cubre las vertientes de la cordillera y en las hondanadas se cultiva el tabaco, la mayor riqueza del país, pesadilla antaño de nuestros carabineros.

Hoy el Gobierno de Andorra, ha vendido a la Tabacalera toda la producción del país. En la actualidad, los fardos custodiados por quienes antes los confiscaban, llegan a diario en camiones, a Seo de Urgel.

El sol, al reverberar en las altas cumbres tiene reflejos de plata. Allí están los grandes estanques de la Nou, les Forcats, el llac Blau inaccesibles casi todo el año, sirviendo sus aguas de espejo a águilas y milanos que en las abruptas sieras de Miners, Casamanya, San Julián, Ynciar y Tosa, tienen sus nidos al abrigo de todo acceso.

Entrase, por la parte de España, en el feliz valle, por las puertas de Pontnegre, Peralita y Corbella. Sorpréndele al viajero

el espectáculo que se ofrece a sus ojos, tan bellamente salvaje, que supera en grandiosidad a la Sierra de Cadí que deja a sus espaldas. Caballos de raza especial, pequeños, fuertes, pacen en los verdes prados, que a toda hora parecen desiertos. En lo más crudo del invierno, algún oso acuciado por el hambre, baja a los llanos...

Al andorrano, gústale enseñar al forastero los recuerdos históricos de su país. Son pocos. Os mostrará en Ordino, los restos del castillo de la Meca « de tiempo de los moros... » En lo más elevado del puerto de Fontargent, os enseñará los vestigios de una argolla de hierro clavada en una roca, huella del paso de Ludovico Pío o antiguo límite del valle. Y os mostrará, en San Julián, el caserón Puig de Almera, levantado por los árabes o por las huestes de la reconquista.

En Andorra reina la paz perenne. Las convulsiones mundiales, las luchas de clases, no llegan a ella. La propiedad, o es del particular o del común o del Gobierno. Este es semi republicano con tendencia a la aristocracia. Su sistema político, se basa en su independencia y en la democracia, constitución que le otorgaron al tiempo de la reconquista del valle, el emperador Carlomagno o su hijo Ludovico. Todo andorrano, tiene garantizada la seguridad personal, la libertad civil y la propiedad de sus bienes. Está vigente el sufragio universal, desde remotos tiempos, y el territorio de Andorra es declarado asilo para el extranjero. El poder legislador es ejercido por un Consejo General, con la aprobación y sanción reservada a los co-señores; y el Síndico, el Veguer y el Baile son los ejecutores de las leyes. El Obispo de Urgel y el prefecto francés de la región fronteriza, como sucesor éste, del conde de Foix, son co-princi-

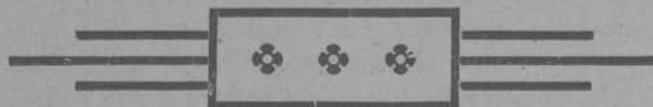
pes soberanos de una manera indivisa, sin facultad de imponer tributos.

No existen códigos ni leyes escritas en Andorra. Sólo se guardan reglamentos acerca la forma de fallar en procedimientos civiles y criminales, según el derecho romano o el derecho Catalán. Los Veguers, aplican las penas según su conciencia y leal saber y entender. Los Bailes, fallan según su buen sentido. El criminal obedece a la arcaica orden de « Ríndete al príncipe » y en Andorra hay paz y hay justicia.

Un sólo impuesto levisimo, pagan los andorranos: la « quistia ». Y los extranjeros deben satisfacer « l'es tranç ». Aquí termina el régimen contributivo, pues en los valles se desconoce el timbre, el papel sellado, el registro de la propiedad, las cédulas...

Subsiste aún el típico « paquetaire », el hombre que vive del contrabando, y aún cuando haya dejado de ser materia de éste el tabaco, que constituyera antaño su principal medio de vida. El « paquetaire » conocedor y práctico de los riscos andorranos, acostumbrado a andar entre peñas y malezas, trepa por las vertientes pedregosas como cabra montés y se precipita por los barrancos burlando la vigilancia de los carabineros. Es un tipo que desaparece para entrar, poco a poco en la leyenda.

Andorra la vieja, pequeña, rodeada de vetustos caseríos, San Julián llano y feraz, la Massana, agreste y soberbiamente bella; Ordino, centro comercial; Escamps, minúsculo y Canillo, típico sorprende al viajero por la sana tranquilidad que respiran. Esta es la sugestiva característica del pequeño principado. En él reina la alegría del vivir, y el dulce bienestar que se experimenta al pisar la privilegiada tierra de Andorra no se olvida nunca. Y se añora muy amenudo.



# Cordialidad y sentido político

por MARCELINO DOMINGO

Chesterton hablando de España en el periódico «The Observer» de Londres, señalaba uno de los aspectos más destacados del español: la cordialidad. Apostillando yo, en otra parte, este juicio del pensador inglés, escribía, no es equivalente a instinto social y a sociabilidad. Y concretaba en estos términos: el inglés es mucho más cordial que el español, pero es de un exquisito instinto social, cultivado en su expresión más pura. La prueba de ello está en que el inglés es el europeo que más hondamente siente y cumple sus responsabilidades políticas.

La lectura en estos días, de un estudio del escritor francés, Mr. Andrés Chevrillon, sobre la «Psicología social de Inglaterra» estimula a insistir sobre este tema. «¿Qué es el instinto político?—pregunta Chevrillon—. Es una forma del instinto social. Lo que le distingue, es una aptitud particular para la organización. El instinto social puede arrojar a un hombre al agua para salvar a su semejante. El sentido político inspirará las leyes o convenciones más adecuadas al bien de la ciudad, y se manifestará en cada uno por el respeto a estas convenciones o leyes. ¿Dónde más afinado que en Inglaterra, este sentido? Sentido que no equivale a escribir leyes o convenciones y dejarlas en el Código, sino equivale, principalmente, en respetarlas. Y no es en respetarlas por haber una fuerza conspuyente que obligue a ello, sino por propia inclinación del espíritu. «Hay otra forma del instinto social—continúa Chevrillon—que es la sociabilidad. No debe confundirse con la primera. En los dos casos se trata de la tendencia de los hombres a reunirse; pero la unión puede obedecer a motivos diferentes. Puede reunirse para actuar juntos; puede reunirse para hablar, para sentir en el contacto con otro, acelerar en sí el movimiento de la vida y el juego de las ideas». Sociabilidad y sentido político: sin cordialidad efusiva, exteriorizada, dramática pueden darse intensamente estas dos corrientes del instinto social. Ejemplos: Francia e Inglaterra. Con cordialidad y con la cordialidad que Chesterton descubrió en España, puede afirmarse que la sociabilidad y el sentido político faltan.

Chevrillon, en su estudio, no compara España con Inglaterra sino Inglaterra con Francia. ¿El sentido político, parece decir,

se educa y se eleva a la más alta norma de la vida humana por la convivencia? No. «Hoy día, aún—testimonia— se observa que en el Canadá francés, los campesinos no gustan de vivir aislados; que unen su casa formando villas, mientras que en el Canadá inglés las casas de los campesinos se dispersan en el campo». Por una serie de hechos, evidencia Chevrillon que la vida política es, sin embargo mucho más intensa en el Canadá inglés que en el francés. Y es que no importa el aislamiento individual para sentirse fundido en la humanidad; no importa estar confinado en una isla o recluso en la cima de un monte o hundido en la celda de una cárcel para sentir el hombre vivos en el alma los problemas de su tiempo y conducirse en cada uno de ellos con religioso sentido de su responsabilidad personal. El hombre que no sepa o no pueda encontrar dentro de sí, los elementos de su vida moral, por cordialidad que haya en sus gestos expansivos, es un hombre sin sentido político; sin sentido político aunque llegue a ser Presidente de una Cámara de Diputados. El hombre que encuentre en sí esos elementos y cuide de ellos y por ellos se deje conducir, es hombre de sentido político aunque se confine como Robinson Crusoe en un peñón desierto. Nuestra fuerza está en la capacidad emotiva y en el fondo ético de nuestro espíritu. El sentido político no da el querer vivir en vecindad y camaradería efusiva; y no lo da tampoco el formar en el número de un gran censo de población: lo da únicamente, «la inspiración de las leyes o convenciones más adecuadas al bien de la ciudad y el respeto a estas convenciones o leyes». La constitución inglesa, es, para Chevrillon, la prueba más concluyente del sentido político del inglés. «La idea en Inglaterra—escribe—es que lo orgánico no es lo mecánico y que la vida no procede por construcciones, sino por ensayos, ajustes, reconocimientos, esfuerzos sucesivos en sentido diverso, siguiendo el juego perpetuamente variable de las circunstancias, es decir, siguiendo las experiencias que ella toma de la realidad».

En apoyo de ello, cita el inglés su constitución, tan dispar y complicada, en efecto; donde tan extraordinarios vestigios del pasado feudal subsisten junto a las formas más modernas y democráticas. Se encuentra en todas las instituciones de Inglaterra

la misma incoherencia. Ejemplo, el derecho. No es más que un amasijo de precedentes. Pero los ingleses están convencidos que sus instituciones valen, porque ellas, no han sido construidas de una vez, sino porque han sido formadas en el curso de los siglos, a la manera de las cosas vivas, por una continuación de medidas diarias, de adaptaciones, acrecimientos y que, por este hecho, son eficaces. Y son eficaces. La verdad de ello la recibe el europeo atento en momentos como el de la última guerra y como el de la última huelga: la primera representaba un conflicto universal inesperado en al Historia; la segunda, uno de los mayores conflictos nacionales que Inglaterra ha conocido. Inglaterra pudo afrontar las dos —el poder y la opinión en igual actitud—, sin asentar contra los principios fundamentales de una sola de sus instituciones. El Parlamento, de igual modo que permaneció abierto en las horas más críticas de la huelga. Ni el Poder ni la opinión pensaron que sin el Parlamento podría salirse adelante. Poder y opinión se inclinaron ante él con igual respeto y uno y otro se creyeron con el mismo deber de sostenerlo y atacarlo.

Chevrillon afirma que: para comprender en qué sentido tiende a desenvolverse un pueblo, ha de descubrirse la noción que él tiene del ideal. Más adelante sostiene: «cuando se quiere comprender a un pueblo extranjero con alguna precisión, el carácter particular que ha tomado en él la planta humana, es preciso considerar sus escuelas». Chevrillon habla extensamente de las escuelas británicas y del sentido que en el espíritu del inglés alcanza el ideal. Lo concreta, sin embargo, en estos dos términos: valor práctico, valor social. ¿Publicará Chesterton su libro anunciado? Sería de desear que en él, con autoridad y con libertad, hablara refiriéndose a España de estos dos aspectos categóricos de la vida de los pueblos. En el estudio veríamos cómo conocen España y aprendería España, posiblemente, a conocerse. En la crítica de fuera encontraría uno de los muchos estímulos que necesita el español para la reforma; para esa reforma que consiste, tal vez, en exteriorizar menos la cordialidad y en cultivar y significar más el sentido político.

(Prohibida la reproducción)

# LA VIDA ALEGRE

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Debo declararlo sin ambages: Reus no es una ciudad muy divertida. Cuenta con hijos preclaros en las artes de la Guerra de la Pintura, de la Poesía pero no es una ciudad muy divertida, palabra de honor. Y no lo digo—oh, no, que conste—, por ganarme las simpatías de Tarragona, sino porque la verdad resplandezca.

Yo, en Reus me aburría bastante. Y quizás esta impresión subjetiva me haga hablar en la forma dura en que he hablado. Porque, en realidad, yo de Reus no vi, en los doce o catorce meses que por allí estuve, sino el trozo de un rótulo en el que podía leerse esta palabra extraña: «Cia», y que no era una abreviatura sino, sencillamente lo que de la muestra de la Farmacia establecida en la casa de enfrente asomaba por la puerta de la Central de Teléfonos, en la cual yo prestaba mis servicios en calidad de «telefonista cuarto».

Más que ningún otro día, me aburría en Reus aquel día oficial en que comienzo mi relato. Era por los tiempos del sindicalismo exarcebado; en la plaza de Prim habían sonado unos tiros, pero este suceso, que amenazaba convertirse en cotidiano, tampoco fue bastante a sacudir mi tedio.

Apenas pasaba gente por la calle de Llovera y dicho se está que a la «Interurbana» no entró más allá de media docena de «clientes». Creo recordar que «día» una conferencia con Madrid, dos con Zaragoza, y nada más. En aquellos tiempos, poner en comunicación a las pequeñas estaciones con las estaciones lejanas y de gran servicio, era una cosa llena de gracia. Casi nunca se conseguía antes de pasar varias horas dándole al «magneto» y poniendo a prueba la garganta. Varios compañeros, encanecieron en el «cuadro» sin conseguir su plausible propósito de comunicar. Pero aquel día, ni este recurso tan jocoso querían depararme los hados.

Y me aburría. Vive Dios que me aburría, como cualquier crustáceo infeliz. Tras la ventanilla de «recaudación», dediquéme a escribir poesías bastante abominables, en el reverso de los verdes impresos de las «escalas»; luego, hice pajaritas de papel con los «partes de recaudación», de un rosa de pastilla de sublimado... Y las horas, sin prisa, pasaban lentamente, lentamente.

De pronto, cuando a elrecepto lo se ba cner sus respuestas sobre la ciudad, un perfume me hizo levantar la cabeza y suspender la lengua y en un instante que yo quería dejarse coger. El perfume, prevenía

de una dama, que extendía sobre mí su mano derecha, deleznablemente enojada, portadora de un telefonema. Del papel, fue mi vista al brazo, mórbido; al escote, al rostro, al sombrero cargado de jardinería y floricultura...

Aquella mujer, no me era desconocida. ¿Dónde, Señor, Rey de los Ejércitos?... ¿Dónde la tropezaron mis ojos pecadores, de vaso de corrupción?

No; pues ella también me conocía... Me miró un punto, y a buen seguro que bajo la capa, copiosa, de colorete, debió de palidecer su rostro, de amadora en mediano uso. Pero no pronunció sino estas triviales palabras:

—¿Usted, cree que el «parte» este llegará a Jerez esta misma noche?

—A Constantinopla llegaría, si a usted se le antojase—repondí, versallesco. Mas ya tenía bastante, con haber oído hablar a la dama. Oh, sí, no cabía duda, aquella voz que acababa de interesarse por el pronto arribo a su destino de un telefonema, me había dicho a mí, en Sevilla, durante varios meses y exactamente a las siete de la mañana, esta delicada frase:

—Señorito Baldomero, que es usted más vago que un banco del Parque.

Levántese ya, hombre, que luego llega tarde a la oficina.

Sí, sí, era ella. Por si acaso, lo pregunté a la interesada:

—Señorita: por uno de esos «aguadeazares» de la vida, ¿es usted la Encarna?

Y la Encarna—ella, ella mismita, claro,—, confesó:

—Parece ser que sí, que soy la Encarna. Y usted el señorito Baldomero. Hay que ver, la de vueltas que da la vida.

—Ya, ya... Cuando yo te dejé en Sevilla, hará, hará... ¿Diez años?

—Pongamos quince, y quizás vayamos mejor.

—Pongamos: Cuando yo te dejé, no poseías ese aire de gran señora que hoy parece que te sea peculiar, ni eras dueña de ese soberbio sombrero, de esa suntuosa concepción arquitectónica que te colocas encima de la cabeza.

—Cosas... Usted me conoció de criada «para todo» y ahora, pues... ¿para qué engañarnos? estoy para todo también. La vida.

—Lo dice en un tono eso de la vida, que cualquiera lo tomaría por la muerte, muchacha. Y poseyendo ese gran sombrero, no creo yo que haya Rembrandt... Vamos, me parece, digo yo... ¿Por ventura no eres

feliz? Recuerda tu vida de entonces.

—Sí, sí, la recuerdo. La recuerdo, y me horrorizo. Necesitaría usted, señorito Baldomero haber sido, aunque no fuera más que un mes criada para todo, y sólo así, se haría cargo de lo horrible de aquella vida. No pude soportarla, y me lancé a la vida alegre...

—Que no te ha resultado muy alegre, por lo visto.

—No lo sé, sinceramente. Siento, como el desengaño de quien durante toda su vida hubiera deseado ir al cielo y luego, al conseguirlo tras la muerte, le resultara que el cielo era muy aburrido y, sobre todo, muy triste.

—Sí, sí, pero es que tú no te has trasladado al Paraíso, precisamente, caray...

—Para mí, antes de conocerlo, lo era...

—Pues aún estás a tiempo de volver hacia atrás.

—¿Para tropezar de nuevo con el estropajo? ¡Cál!

Al llegar aquí, mi pensamiento de telefonista cuarto recordó algunos tópicos, que creí muy conveniente utilizar:

—Sí, sí; pero es que, por este camino de ahora, vas a tropezar con el hospital, con la degradación; tal vez no puedas ya constituir un hogar honorable, una familia cristiana...

—Y de la otra forma, tampoco. Era una bestia, entonces, como ahora. Todo eso son palabras y nada más que palabras. Mire usted, señorito Baldomero, yo he leído ahora algunas novelas. Una de ellas, de un autor francés, de esos que parece que a lo mejor se llaman «Foigrás» y luego lo dice una y hace el ridículo, porque no se llaman así, pinta mi vida, mi vida entera; o mejor dicho, mis dos vidas. Y acaba el lector preguntándose cuando estaba más prostituida la protagonista, si cuando mancillaba su carne y su belleza fregando como una bestia, o luego, cuando trotaba por las calles un poco más limpia y con mejor color, y comía más abundante...

—¡Qué barbaridad!—dije, porque no se me ocurrió otra cosa, y pregunté:

—Oye, muchacha; ¿acostumbras a beber todas las tardes?

Ella se indignó algo, abonó la peseta quinque del despacho y se fué, apenas sin despedirse.

Yo me quedé triste, triste, triste. Luego, me fui a la cabina a dar el despacho, vocalizando temblorosamente:

—Reus—Jerez, 456, 13, a las 19...